

¿Queréis que quememos el original para que no pudiendo sacar mas copias, no se puedan escribir mas libros contra vosotras?...

RAMON DE CAMPOAMOR.

Madrid 1º de Enero de 1858.

INTRODUCCION.

“Siempre habrá cosas nuevas que decir de las mujeres, mientras quede una en la tierra.” Así lo ha consignado un gran escritor. Sus palabras sirven de disculpa al autor de estos APUNTES.

Un libro más acerca de las mujeres viene á ser una gota de agua vertida sobre el Océano; ó como si dijéramos, una nueva sofistería en el campo de la política.

La ciencia de la mujer se parece mucho al patriotismo y al desinterés; muchos hablan de ella y pocos la poseen: esa ciencia no es, co-

mo todas las otras, un sistema de verdades más ó menos perfecto: es por sí sola el sistema de todas las verdades y de todas las mentiras: es la afirmación de las afirmaciones; la negación de las negaciones; la síntesis de las síntesis.

Después de la filosofía alemana, no puede concebirse nada más *sério* y nada más *discutible* que la ciencia de la mujer.

Entre la opinión que eleva á la mujer hasta los ángeles, y la que la oprime hasta los monstruos, cabe una multitud de pareceres. Esos pareceres han servido de base á millares de comedias, de novelas, de cuentos y de máximas:

La mujer es *todo*: afirmación suprema.

La mujer es *nada*: suprema negación.

La mujer... es *la mujer*: síntesis de las síntesis: filosofía pura.

Salomón preguntaba por una mujer fuerte: Diógenes buscaba un hombre. Apuntes para la historia crítica de la humanidad.

Mientras se escribe esta historia, conven-gamos en que la mujer entra por mucho en los actos de la inteligencia humana.

Apenas hay ciencia ni arte en cuya historia no estén destinadas á la mujer las páginas más brillantes.

Verdad es que no han faltado filósofos austeros que la teman ó la desdeñen. Cuentan de Diógenes que viendo el cadáver de una mujer pendiente de un árbol, exclamó: "Plu-

guiera á los dioses que todos los árboles llevaran siempre ese fruto." Pero ni todos los filósofos son de la opinión de Diógenes, ni cabrían en gruesos volúmenes las alabanzas prodigadas á la mujer desde los tiempos más remotos, como tampoco el catálogo de las grandes obras que el mundo debe á la inspiración, al influjo ó á la iniciativa de la mujer.

En todas las edades, en todos los siglos y en todos los países ha sido la mujer objeto de entusiastas apologías y de invectivas sangrientas. Este fenómeno debe explicarse por la diferencia de temperamentos y por las condiciones especiales de cada escritor.

Un melancólico, un amante despechado, un hombre sin esperanzas, mira en cada mujer un recuerdo vivo de su tormento, y las aborrece á todas. Su testimonio, pues, no merece fé.

Una alma sensible y apasionada, un amante feliz, mira en cada mujer el reflejo de su dicha, y las ama á todas. Su testimonio no es ménos parcial que el anterior.

Todos los libros que se han escrito acerca de la mujer, todas las máximas que se han formulado por tantos centenares de políticos, de historiadores y de poetas, pueden reducirse y compendiarse en estos dos versos de un soneto muy conocido:

“ES LA MUJER DEL HOMBRE LO MAS BUENO;
ES LA MUJER DEL HOMBRE LO MAS MALO.”

Lo cual, en términos absolutos, es evidentemente falso.

Luego todo ó casi todo cuanto hasta hoy se ha escrito acerca de las mujeres, adolece del vicio de exageracion.

Algunos sabios se han dedicado en distintas épocas á trazar la historia de la porcion más bella de la humanidad: tenemos por inútil su tarea; esa historia la sabe al pié de la letra toda la humanidad menos bella.

No es geógrafo completo el que solo estudia y conoce un hemisferio.

La historia de la mujer representa lo más un hemisferio en el gran mapa-mundi que acabamos de llamar historia crítica de la humanidad.

Nuestros APUNTES no son históricos.

Tampoco nos proponemos reseñar los grandes males que al universo haya reportado la influencia de la mujer. Hasta los mujeres en nuestro país saben que si hubo una Eva en el Paraiso, hubo una María de Nazareth: si han existido las Elenas y las Cleopatras, el mundo ha admirado á las Juanas de Arco y á las Isabeles de Castilla.

Los que dijeren que es la mujer de naturaleza semi-angélica, recuerden mal de su grado, los nombres de Eva, de Elena y de Cleopatra:

los que la supusieren de naturaleza semi-diabólica, arrepíentanse de su error fijando un instante los ojos del alma en la celestial figura de María; y no olviden que fueron mujeres Juana de Arco é Isabel.

Los que creyeren que la mujer es buena ó es mala, segun que el hombre la guia por buen ó mal camino, son los verdaderos pensadores: de su parte están la filosofía y la historia; la razon y la experiencia.

Para esos justamente se escriben estos APUNTES, y se escriben por quien no se propone llorar agravios ni cantar favores. El corazon y la cabeza funcionan con absoluta independencia.

Esta manifestacion parecerá inoportuna; pero ¡ojalá fuera la única inoportunidad que el autor cometa en sus APUNTES!

II

Habia Dios criado los cielos y la tierra.

Al influjo de los monosílabos habia brotado la luz con todos sus encantos.

Y se extendia majestuosamente la inmensa cortina del firmamento.

Y se habian reunido las aguas en el dilatado espacio de los mares.

Y á una mirada del Omnipotente se habian encendido los luminares del cielo.

Y germinaban las plantas en el seno de la tierra.

Y alzaban su cáliz las primeras flores hendiendo su aroma la virgen aura de los campos.

Y pulularon los animales.

Y apareció por fin el hombre, obra maestra de la Suprema Sabiduría, rey de la naturaleza, imágen del Criador.

El hombre tenía por palacio un jardín plantado por la mano de Dios; un soplo divino era, pues, el céfiro que acariciaba las rosas del Paraiso y besaba con suavidad la frente del primer padre; crecían allí frondosos árboles de ancha sombra y dulce fruto; de allí partían en tranquilo curso cuatro ríos, que surcaban la tierra en direcciones opuestas. El manso murmullo de aquellos ríos era el primer ruido que turbaba el imponente silencio del Eden.

El hombre estaba solo.

Y dijo Dios: "No es bueno que esté el hombre solo; le haré ayuda como para él."

Y de un hueso extraído al primer hombre, formó Dios á la primera mujer.

La mujer ocasiona el primer menoscabo que el hombre experimentó sobre la tierra.

Pero bien valía Eva la pena de perder por su causa una costilla.

Al salir de las manos del Hacedor se encontraron frente á frente la luz de sus pupilas y

la luz de la aurora que irridiaba en el confin azul del horizonte. Torrentes de luz inundaban el espacio.

De haber criado Dios á la mujer despues que al hombre, se han querido sacar diversas consecuencias.

Unos han dicho: "La mujer, como obra posterior, es más perfecta."

Otros han dicho: "Criado el universo y criado el hombre, estaba el edificio concluido; faltábale solo la veleta, y Dios hizo á la mujer."

Uno y otro corolario nos parecen más hábiles que lógicos.

"Por ella, dijo Dios, abandonará el hombre á su padre y á su madre."

¿Qué elogio más sublime puede hacerse de la mujer?

Es verdad que la mujer no tardó en prevaricar; pero es tambien cierto que obró con mucha astucia la serpiente.

Lo peor de todo es que aquel inmundo reptil, maldecido por los labios del Eterno, dejó tan asegurada su reproduccion, que, á través de los siglos y de las edades, se arrastra todavía sobre el polvo de la tierra.

Ese reptil es el espíritu de seducción, enemigo implacable de la mujer.

La primera madre no hubiera delinquido sin el estímulo maligno de la vanidad y del

orgullo. Sus hijas delinquen de diez veces nueve por el estímulo maligno de la lisonja y de la mentira.

Para seducir á una Eva hubo al principio del mundo una serpiente: hoy para cada Eva *seducible* existe un mundo de serpientes.

Contra esa multitud de reptiles que se arrastran de ordinario por los pavimentos de jaspe y por las alfombras de terciopelo, hay un solo recurso: *la buena educacion*: la educacion en el verdadero sentido de la palabra.

Con ella puede alcanzarse el inmenso tesoro que se llama *mujer virtuosa*.

Napoleon lo dijo: una mujer hermosa agrada á los ojos; una mujer buena agrada al corazon: la primera es un dije; la segunda es un tesoro.

Y nosotros nos atrevemos á añadir: la que á la belleza del rostro adune la belleza del alma, á los encantos de la naturaleza los de la virtud, bien puede pasar en la tierra por un trasunto del cielo.

¡Ojalá que el número de esas copias se multiplique indefinidamente!

Tal es el objeto de estas páginas.

En ellas el autor no se sujeta á un sistema determinado.

Expone los principios y las teorías en el orden mismo en que brotan de la mente.

Por eso llama á su humildísimo trabajo
APUNTES PARA UN LIBRO.

Cuando un filósofo, un crítico de superiores luces y más feliz ingenio escriba EL LIBRO, en buen hora se le obligue á entrar por el carril de los métodos.

Pero, con perdon de los sábios, de esa formalidad se cree por hoy dispensado el que es simplemente autor de unos APUNTES.

Y á fé que será libro de oro aquel en que se trate fundamentalmente de la mujer, examinando todas sus condiciones físicas y morales, y su alta influencia social, y lo que es, en fin, la mujer, y lo que pudiera y debiera ser. ¡Gran libro aquel en que leyese cada mitad del género humano lo que puede y debe ofrecer á la otra mitad!

Interin esta obra no se haga, ó no se intente, es en vano sujetar á las exigencias del método el simple conjunto de materiales sueltos ó apuntes recogidos para la más fácil redaccion del libro.